

Mi abuelo alquiló una casa por Airbnb en Carvoeiro para sorprender a mi abuela por sus bodas de oro. Él había estado ya la tarde antes. Cuando le abrió la puerta y le dio paso, se la tenía adornada con pétalos tornasol, guirnaldas y globos dorados. El suelo con velas corazonadas haciendo un camino que terminaba en una mesa. Sobre la mesa un rollo de papel Albal, un mechero de cocina y una bolsa autocierre con dos gramos de heroína. En la sala de espera del Juan Ramón Jiménez, mi madre me confesó que los abuelos fueron yonkis de los diecisiete a los cuarenta y dos.

el taller

Antonio echaba serrín por el suelo para cegar la grasa. Los niños jugaban en el acerado. Luis dijo que a toreros. Su hermana Virtudes sería toro. Luis tomó su camisa y dio los primeros pases. Virtudes se arrancaba poderosa y bufaba con cada suerte. Luis cambiaba los tercios y pedía pasodoble. Finalmente cuadró a su hermana y metió su espada hasta los nudillos. Virtudes simulaba los últimos pataleos. Luis entró al taller y cogió de una tarima un destornillador largo de estrella. Se acercó a Virtudes y clavó varias veces la punta en su nuca. A los gritos, Antonio corrió y levantó a la niña, deshecha ya entre sus brazos. Lloroso y descompuesto, le preguntó al hijo que qué había hecho, que qué pasaría ahora. Luis, apretando la muleta contra su pecho, le dijo al padre que ahora la vuelta al ruedo, que la faena había sido sonada y que qué menos.

torre estrella

La primera vez que mi madre subió a un decimocuarto tenía setenta y tres años y fue el día en que se mató. Desde el ventanal abierto del descansillo de esa planta del edificio Torre Estrella. Contra el granito rosado nuevo que le habían puesto a la calle Marina.

el apartamento de irene

Cuando la sacaron, su vecina de rellano la vio con total claridad. Sucedió cuando uno de los camilleros de la funeraria enganchó el puño de su americana azul con el pomo de la puerta. Como lo paró en seco, la camilla se frenó y ladeó; la manta térmica que cubría el cuerpo de Irene se descompuso en un estallido de dorados y así su vecina Lourdes le vio la cara. La vio perfectamente, como en un 4K mejorado. Y aunque varios días después nadie la creía ni en la fruta ni en el pan ni en el café de después de dejar a los niños en el colegio, Lourdes se desvivía diciendo que sí, que ella la vio, que no importaba que los médicos y los periódicos dijeran que llevaba alrededor de veinte días muerta, que sí, que los forenses es su trabajo y que siempre aciertan, pero que me hagáis caso a mí, que esa cara estaba como la tuya y la mía, con los ojos cerrados pero como cualquiera, con su color suyo porque ella era muy morena, tú lo sabes mejor que nadie que la conoces bien, pero normal, no de muerta. Y con una luz y una cosa como si fuera una del cine. Ni se había hinchado ni había soltado nada ni dura ni nada, y hasta el pelo, y si no fuera por lo que es, cualquiera diría que se la llevaban solo por un mareo.

Lourdes llegó a Huelva hará poco más de siete años desde Aljaraque. Al poco tiempo conoció a Pepe y se fueron a vivir juntos a la Barriada del Carmen, luego se casaron y alquilaron en el Molino de la Vega, luego en la prolongación de la Avenida de Andalucía y luego en Federico Molina. Y ahora vivían enfrente de Irene. Tienen dos niñas, una en sexto de primaria y la otra en segundo. Son buenos vecinos, no se meten en nada y están siempre los primeros para lo que se les pida. Lourdes no sabe cómo explicar lo de la cara. Su marido prefiere creerla y callarse. Lourdes confía en que por lo menos algún periódico diga lo de su cara, pero los días pasan y solo se habla de la joven que apareció muerta y sin causa aparente. Tampoco dicen nada de quién avisó ni de por qué.

Por el olor no porque ningún vecino había comentado nada. A lo mejor algún familiar porque la extrañaran, pero allí no había

nadie cuando la sacaron. Junto al cadáver, en el apartamento solo encontraron una jaula con dos agapornis dentro, casi sin agua y sin comida. Lourdes contaba que fue lo único que trajo el primer día que Irene vino a vivir al apartamento. Luego traería las maletas, pero eso yo ya no lo vi. Lo de la jaula sí porque yo bajaba para comprar y ella la tenía en el suelo y estaba abriendo la puerta. Nos saludamos y me dijo que era Irene y que se venía al apartamento.

Algunos vecinos y también más gente empezaron a creer a Lourdes cuando supieron que los camilleros habían afirmado en un programa local de la SER que todo era muy extraño y que ni el médico forense sabía explicar lo de la falta de olor en el salón ni sobre la camilla de autopsias, porque un cuerpo con veinte días tira para atrás, que yo ya he sacado unos pocos y aquí mi compañero también, ¿sabe usted?, y da igual que uses mascarilla ni que la empapes en Vicks Vaporub; eso es un olor que se mete dentro como una aguja de hacer punto, que te levanta el estómago y que no se olvida nunca, es el olor de la muerte, ¿sabe usted? Te acostumbras porque te acostumbras, pero que se queda, se queda.

Esas declaraciones dieron pie a todo tipo de rumores y el caso no se iba ni de los medios ni de las redes sociales. Varios días más tarde apareció filtrado en un magacín de una televisión local el certificado de defunción de Irene y el informe de autopsia médico forense, firmado por don Carlos Valero y equipo, y donde indicaba en una de sus conclusiones finales que no acertaba a entender ni la falta de hedor ni la ausencia de flora. Además, en sus notas de glosa, don Carlos indicaba que puertas y ventanas del salón estaban cerradas y que esto hacía más complicado aún entender la falta de hedor, porque durante el proceso de descomposición de un cuerpo se liberan más de cuatrocientos compuestos orgánicos volátiles distintos, y en condiciones de estanco o hermetismo parcial, estos se concentran y sufren un desarrollo similar a la maceración.

A Lourdes cada vez la creía más gente y ella seguía diciendo lo mismo que al principio. Solo hablaba de lo que había visto, porque solo fue la cabeza y sus manos, lo demás lo llevaba tapado, pero aquellos labios estaban como los míos y como los de cualquiera, como

son los labios, cada uno como los tiene, pero con su color normal de vivos. Lourdes, que admitía que al verla sacar tampoco había reparado en lo del olor, contaba que, desde luego, si lo hubiera habido lo habría notado, ella y todos los vecinos, porque esas cosas se notan. A Lourdes la nombraron muchas veces en las redes y luego fueron varios medios y periodistas los que solicitaron su versión. Lourdes no era mujer de morbo ni se regodeaba con las explicaciones, pero tenía gran talento para la narración y todo lo contaba con detalles fotográficos, como si el breve momento del enganche del camillero hubiera sido el largo plano general de una bélica. Hablaba del brillo de sus rizos negros como un pozo, frondosos y suaves como los de las modelos de las cajas de L'Oréal. Y de su barbilla partida, tan atractiva, como Paz Vega en Hable con ella. De sus manos, blancas y como remozadas, pareciendo dos vieiras bautismales de plata. Hablaba y hablaba de Irene como suele hacerse de los ramos de novias, desde lejos, con una sonrisa gozada y siempre para bien. Hablaba también de su apartamento, de la pureza de la luz que salía por la puerta, o no sé si digo bien con pureza, pero era distinta, como cuando entra el sol en las iglesias, por arriba, en oblicuo.

Uno de los camilleros también dijo a un periódico que caminar por dentro era raro, con una sensación como de pisar serrín, pero estaba todo bien, limpio quiero decir; era un parque o una tarima flotante, tampoco sabría decirle, con la madera contra vetada, en eso me fijé porque mi hermano la tiene igual. Y lo demás también, el resto, ¿sabe usted?, mirabas a los cuadros y muy raro; nosotros estábamos con lo nuestro, pero los mirabas, porque se te iba la vista, y a las cortinas lo mismo, de arriba abajo, transparentes en rosa, o un rosa como un tinto claro. Luego me he ido acordando de más cosas, como las plantas; en el salón tenía varias chicas y dos grandes, dos ficus, creo, con unos tiestos de barro cocido sin esmalte ni nada. Como un vergel, es lo que parecía, pero solo eran esas, tampoco una exageración; mi madre tiene más, hasta en el pasillo y en los cuartos. El periodista le pidió que se esforzase por darle más detalles y dijo que era todo, que al baño o a la cocina no entraron, pero que había una librería, y un escritorio junto al balcón, y que era lo mismo. Y

el tresillo, y el espejo grande, y la alfombra. No raro, raro no quiero decir, antes he dicho raro, pero no es raro. Como quieto, ¿sabe usted?, como si fuera hecho para una revista o para el cine, con todo a equilibrio y bien puesto. ¿Armonía?, sí, armonía, a eso me refería, le dije raro, pero no es raro.

De su apartamento terminó hablando cualquiera. Con un vino o comiendo por la parte del Gran Teatro, en los cafés de la Gran Vía, tras una sesión doble en el Burger King del Holec, con el frutero en el mercado, con el agente municipal al que le preguntas lo que sea, con tu pareja, con tus padres o con tus vecinos. También en las tres teles, en las ocho o diez radios locales y en el Huelva Información y en el Viva Huelva. Un profesor universitario invitado a una tertulia se aventuró a decir que a veces ocurría, que varias corrientes de pensamiento orientales indicaban que proponiendo una conjunción de formas, colores, líneas, tejidos o luces se podía llegar a convertir un espacio de uso cotidiano en un mecanismo de sincronía capaz de irradiar por sí mismo equilibrio y sosiego. Que esto había ocurrido varias veces a lo largo de la historia y que se sabía de varias catedrales renacentistas, de humildes ermitas románicas y de construcciones civiles completamente áureas que se situaban en el mismo plano armónico. De igual manera y a través de un informe, opinaron varios arquitectos y también en nota oficial el Colegio de Ingenieros Industriales, asegurando que no sólo era posible sino deseable, que además era parte obligada del resultado de cualquier edificación o construcción, que actualmente había escuelas como la japonesa o la noruega que iban en esa línea y que ojalá todos los edificios pasasen por ese tamiz. También, desde varias asociaciones espirituales se dieron explicaciones más o menos relacionadas con lo místico, lo telúrico y lo iniciático, algo así como que el apartamento de Irene pudiera estar asentado sobre un punto taimbru, uno de los cincuenta que se suponen repartidos por todo el mundo, o que por su justa mitad y perpendicular a él pasaran corrientes subterráneas de agua y que esto era probablemente lo que inflamaba el espacio con tan alta carga positiva.

Aparecía ahora un gran número de ciudadanos que afirmaban haber estado en el apartamento de Irene, bien visitando a antiguos alquilados, bien habiendo acudido a alguna pequeña obra o por mantenimiento, o para revisar el termo del gas, o para vender algún seguro, o solo para cualquier entrega de paquetería, y que, aunque hacía ya bastante tiempo, todos recordaban haber tenido una agradable sensación de bienestar. Y que en aquel momento algunos llamaron y otros lo contaron solo a sus familias o círculos más íntimos. Así surgían entrevistas con antiguos amigos, con un cartero que llevó varias veces cartas y paquetes certificados, a un obrero que una vez cambió la moldura de escayola del recibidor por un falso techo, o a un vendedor de lavadoras que además le instaló la suya, o a un visitador del Círculo de Lectores que consiguió hacerla socia. Y así mucha más gente de cualquier edad y oficio que narraban su visita llevados por una excitación colectiva que podía sentirse en toda la ciudad.

Sobre la circunstancia de la ausencia de olor y de la inexplicable conservación de Irene, algunos investigadores del resto del país, atraídos por la pública expectación que iba adquiriendo el acontecimiento, aportaron en varias revistas científicas y de opinión hipótesis que mezclaban arquitectura y apuntes espirituales ligeramente relacionados con lo exotérico, y citaron como pruebas documentales los numerosos casos de momificación de cadáveres en enterramientos de culturas milenarias, donde no sólo intervenían los aceites y condimentos con que se trataban los cuerpos, sino una depurada y matemática orientación del fallecido relacionada con itinerarios solares o lunares, unas constantes de temperatura y humedad estables y una disposición de los mausoleos hacia determinados puntos de energía. Tampoco pasó mucho tiempo sin que varios alumnos de último año de varias facultades de arquitectura lo eligieran como proyecto de fin de carrera, o que con relativa frecuencia se hiciese asiduo en revistas de hogar, diseño y decoración, que regalaban pósteres o desplegados del apartamento trazados en perspectiva caballera y con detalles de su decoración.

Así fue como el apartamento de Irene desembocó en fenómeno público; apareciendo en jarras, postales, guías turísticas, como fondo

de cartel electoral, en gorras, en llaveros, en marcapáginas, en camisetas y en el catálogo municipal de lugares de interés monumental. De Lourdes, de los camilleros, de don Carlos de Valero, del cartero, del vendedor de lavadoras o hasta de la propia Irene todo el mundo se fue olvidando, y pasado un tiempo, solo quedó el apartamento como curiosidad pública, como motivo de estudio o como espacio de peregrinaje. Allí junto a la vieja Plaza de Abastos, en un edificio racional y de fachada mediocre, mostrándose casi con acomplejada timidez. Abajo, en el exterior del portal, una placa dorada con el escudo de la ciudad y el anagrama de la Concejalía de Cultura que decía: El Apartamento de Irene. Visitas de Martes a Domingo. De diez a catorce horas y de dieciséis a veinte.